

LA GUERRA FUTURA

MEMORIA **CRÍTICA**

LAWRENCE FREEDMAN

LA GUERRA FUTURA

Un estudio sobre el pasado y el presente

Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz

CRÍTICA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Future of War. A History*

Original English language edition first published by Penguin Books Ltd, London

© 2017, Lawrence Freedman

The author has asserted his moral rights

© 2019, Traducción: Tomás Fernández

© 2019, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: enero de 2019

ISBN: 978-84-9199-062-8

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-747-939-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Batallas decisivas

Y sin embargo, aunque tuvimos muchas advertencias, no supimos hacerles caso. El peligro no nos cogió por sorpresa. Es verdad que se nos vino súbitamente encima. Pero los presagios de su inminente irrupción habrían sido sobradamente claros para abrirnos los ojos, de no haber permanecido voluntariamente ciegos.

GEORGE CHESNEY,
The Battle of Dorking, 1871.¹

El 1 de septiembre de 1870, un ejército francés que avanzaba en calidad de fuerza de apoyo para socorrer a otro contingente, asediado en Metz, se vio rodeado por el enemigo y acabó arrollado en la batalla de Sedán. Un informe lo refiere con estas palabras: «La batalla comenzó a las cinco de la mañana, y, doce horas después, la aparición de un general francés ondeando una bandera en lo alto del parapeto de Sedán anunciaba a los alemanes la pasmosa victoria que acababan de conseguir». A continuación, el documento reproduce la nota que posteriormente el emperador francés Napoleón III envió al rey Guillermo I de Prusia: «Señor y hermano mío, no habiendo podido morir junto a mis tropas, solo me queda poner la espada en vuestras manos».²

Estamos aquí ante una descripción clásica, casi de manual, de la victoria militar. Los equilibrios de poder de Europa habían terminado transformándose en un choque armado y alcanzado su punto culminante en una batalla concluida en una sola jornada. Además, el bando derrotado aceptó ese resultado y sus consecuencias políticas, aunque Napoleón III muy pronto dejaría de tener la capacidad de cumplir las promesas hechas a Guillermo, ya que fue depuesto el día 2 de septiembre de 1870, declarándose entonces el inicio de la Tercera República. El nuevo gobierno se negó a aceptar el veredicto de la batalla y decidió proseguir la lucha. Cuando los

alemanes asediaron París, los franceses reunieron en el resto del país un conjunto de fuerzas de carácter innovador que contaban, entre otros efectivos, con *franc tireurs* capaces de provocar un gran número de bajas y de complicar enormemente la defensa de las líneas de suministro.

La perspectiva de que una resistencia muy prolongada pudiera animar a otros países a alinearse con Francia y a intervenir en la guerra comenzó a inquietar cada vez más al canciller alemán Otto von Bismarck, lo que le llevó a exigir una acción implacable a sus tropas. Y sin embargo, pese a caer en manos prusianas a finales de 1871, tras dos meses de asedio, París acabó convirtiéndose en escenario de un levantamiento revolucionario. Llegado el momento, el propio ejército regular francés aplastaría el movimiento de la Comuna parisiense. Solo entonces pudo negociar Alemania los términos del tratado de paz con el gobierno republicano galo. Las cláusulas del acuerdo contenían medidas más drásticas de las que se hubieran contemplado en caso de que Francia hubiera aceptado el resultado de la batalla de Sedán, e incluían, entre otras disposiciones, la cesión de Alsacia y parte de la Lorena a Alemania, así como un conjunto de reparaciones de guerra por un importe global de cinco mil millones de francos de oro.

La batalla de Sedán llamó la atención de todas las naciones interesadas en las artes militares. Los factores que hicieron posible la victoria alemana fueron la impresionante movilización de los efectivos disponibles y la comprensión del crucial papel que desempeñaban las vías férreas como medio de transporte capaz de desplazar hombres al frente. En cambio, la caótica respuesta dada por Francia a una guerra que ella misma había declarado (aunque en realidad fuera en respuesta a una provocación del mismo Bismarck) había determinado que en los momentos iniciales el país perdiera la oportunidad de organizar la ofensiva. Además, la confrontación había permitido comprobar la enorme potencia de la artillería de la época. La táctica del mariscal de campo Helmuth von Moltke fue una buena muestra de cómo debían maniobrar los ejércitos modernos, y de hecho sus soluciones inspirarían a las futuras generaciones de estrategias militares. Ahora bien, de no haberse restaurado el orden tras las caóticas secuelas de la derrota de Sedán, es casi seguro que la guerra habría dejado un recuerdo muy distinto. Los alemanes extrajeron dos lecciones decisivas de la contienda. En primer lugar, concluyeron que, en una guerra convencional, la elección de la estrategia idónea podía lograr realmente que el curso del conflicto se encaminara hacia una rápida victoria. Y en segundo lugar, comprendieron que ese triunfo podía quedar en agua de borrajas si en el seno de la nación vencida surgían movimientos de resistencia no oficiales.

En este caso la resistencia acabó por fracasar. Es más, se consideró que se trataba de una excepción específica y característicamente francesa, reflejo de la tradicional propensión a la insurgencia de los habitantes del país. De momento, la principal conclusión resaltaba que Alemania era un estado extremadamente poderoso y un consumado actor militar, capaz de realizar movimientos audaces y de atacar sin piedad a sus enemigos. El orden europeo había quedado trastocado, y los equilibrios de poder favorecían ahora a la nación alemana (aunque las intenciones que a largo plazo pudiese incubar ese país no estaban nada claras). La asombrosa victoria de Von Moltke reforzó por tanto el modelo de la guerra clásica, dejando no obstante algunas pistas sobre sus limitaciones.

En mayo de 1871, el mes en que el tratado de Fráncfort sitúa formalmente la conclusión de la guerra franco-prusiana, la *Blackwood's Magazine* de Londres publicaba un relato breve anónimo titulado *The Battle of Dorking*. Su autor era sir George Tomkyns Chesney, un coronel del Real Cuerpo de Ingenieros, y el texto causó tal sensación que no tardó en comercializarse como folleto independiente. No solo se vendieron más de ochenta mil ejemplares de la obra, sino que su contenido desencadenó un debate de alcance nacional sobre el grado de preparación de Gran Bretaña ante una eventual guerra. Ese era justamente el objetivo del autor. Como explicaba el propio Chesney en la carta que adjuntaba al remitir el original al editor, lo que se proponía era estimular la reorganización del aparato militar británico, demostrando para ello que Inglaterra se hallaba expuesta a sufrir una invasión, explicando las vías por las que podría materializarse tal peligro «y señalando el subsiguiente desmoronamiento de nuestro poder y capacidad comercial». El hecho de que el revuelo que provocó el texto instara a William Gladstone, el primer ministro de la época, a quejarse en público de que esos comentarios alarmistas podían obligar al país a embarcarse en una serie de gastos militares no solo innecesarios sino arriesgados, puesto que existía la posibilidad de que las arcas del estado acabaran arruinándose, da idea de hasta qué punto logró Chesney su objetivo.

Muchos de los que trataron de rebatir los argumentos del coronel de Ingenieros lo hicieron escribiendo sus propios relatos de ficción, demostrando con ello que quien crea el relato puede decidir a quién otorga la victoria.³ Estas proyecciones literarias de futuro posibilitaron la exposición de los extremos polémicos y permitieron hacerlo además con mayor contundencia que las argumentaciones razonadas o los análisis de las campañas

pretéritas. El éxito de *The Battle of Dorking* demuestra que su interés no se agota en la circunstancia de haber causado sensación en el año 1871: se había abierto la vía a todo un género literario nuevo cuyas obras ofrecieron, durante la larga gestación de la primera guerra mundial, un medio propicio para la agitación de las inquietudes patrióticas, el fomento del nacionalismo, la descripción de las innovaciones militares y la evaluación crítica de los preparativos necesarios. El propósito de las obras que analizaban el futuro de la guerra era demostrar lo que podía suceder si los gobiernos desatendían el mensaje del autor y luego debían actuar precipitadamente, ya en situación de urgencia.

Como es obvio, Chesney no fue el primero en escribir sobre el particular ni en expresar sus ideas en un formato de ficción. Las guerras napoleónicas ya habían generado antes un enorme corpus literario que había permitido imaginar las consecuencias de las invasiones, ya fuese desde el punto de vista expansivo de un país agresor o desde la perspectiva defensiva de una nación atacada, así como resaltar el hecho fundamental de que los incautos se exponían a caer víctimas de los astutos planes y tácticas del enemigo. Primaba asimismo el reconfortante «deseo de presentar al adversario con los rasgos propios de una entidad despreciable, inferior y prácticamente derrotada de antemano».⁴ No obstante, si *The Battle of Dorking* tuvo tan enorme eco se debió a una importante diferencia: el hecho de que Chesney era un escritor de talento y supo aprovechar el auge de la prensa popular, cuya difusión estaba generando una creciente masa de público interesado en este tipo de textos provocativos. En la década de 1850, el descontento derivado de la mala gestión de la guerra de Crimea ya había propiciado que las cuestiones asociadas con la guerra y la paz salieran de los despachos en que se llamaba a consultas a las élites, incorporándolas en cambio al debate democrático. Además, el momento elegido para la publicación de la obra de Chesney había sido extremadamente propicio, y desde luego no casual. Al llegar a las librerías justo después de la victoria alemana, el texto reflejaba la extendida creencia (que la perspectiva del tiempo revela perfectamente justificada) de que el antiguo orden había quedado desestabilizado. Las relaciones entre las grandes potencias estaban llamadas a permanecer en situación de desequilibrio durante algún tiempo. Si una nación como Francia, dotada de tan afamado ejército, podía sufrir tamaña derrota, ¿quién sería la víctima del siguiente revés? Ante una incertidumbre de ese calibre, la aparición de una invención decisiva en el terreno armamentístico o en la metodología militar podía suponer una diferencia clave, dejando a los países escasamente preparados o pusilánimes a merced de cualquier eventualidad.

El relato de Chesney se centra en la invasión de Gran Bretaña por parte de una potencia extranjera que, si bien no aparece explícitamente mencionada, es evidente que se trata de Alemania (de hecho, los victoriosos conquistadores de la obrita hablan alemán). El enemigo ha estado gestando sus planes durante algún tiempo. Y el momento de asestar el golpe surge al comprobar que el Reino Unido ha bajado la guardia. Las unidades de la Marina Real británica se hallan más dispersas de lo habitual, atendiendo a diversas tareas coloniales, y el ejército de tierra debe hacer frente a los fenianos de Irlanda, a un levantamiento surgido en la India y a los desafíos que Estados Unidos hace gravitar sobre el Canadá. Los alemanes lanzan entonces su ataque, tomándose al menos la molestia de guardar las formalidades y preservar su honor mediante una declaración de guerra. No obstante, las comunicaciones telegráficas con Gran Bretaña han quedado cortadas, así que la advertencia no tiene efectividad real. Poco después, una bien pertrechada fuerza invasora surca las aguas del canal de la Mancha, sin encontrar más que una mínima resistencia cuando alcanza la costa. El narrador del libro es un soldado voluntario, uno de los muchos hombres llamados a defender un promontorio situado a medio camino entre Guildford y Dorking, desde el que deben hacer frente a las huestes enemigas, apoyados por los efectivos disponibles del contingente regular. Por desgracia, los asaltantes demuestran estar mucho mejor organizados y atenerse a una disciplina más férrea. Como era de esperar, los británicos luchan valerosamente, pero al carecer de unos servicios de inteligencia decentes y no contar tampoco con una logística adecuada ni con líderes capaces de dar la talla, acabar por ser arrollados.

Para asestar el golpe de gracia que su relato requería, Chesney debía cerciorarse de que a los agresores todo les saliera bien, antes incluso de que llegara el momento de poner el foco sobre la falta de preparación del ejército británico. Desde el punto de vista operativo, la clave de la victoria alemana residía en superar el principal problema que debe afrontar todo aquel que pretenda invadir Gran Bretaña: la doble ventaja de ser una isla y poseer la armada más poderosa del mundo. Las inquietudes de épocas anteriores, surgidas ante la posibilidad de que Napoleón invadiera el país, habían tomado en consideración la posibilidad de la construcción de un túnel o la utilización de globos como métodos para salvar el enorme foso marino que defiende el baluarte inglés. En 1784, un escritor satírico estadounidense de ideología antibritánica planteaba una situación ficticia en la que «en cuanto se hacían a la mar con su flota, los ingleses se topaban con una legión de aerostatos».⁵ Muchos años después de la derrota de Napoleón, los británi-

cos seguían preocupados por los retos que pudieran poner en entredicho su supremacía naval, entre los que se contaba la aparición de los buques de vapor, que disponían de una mayor velocidad de crucero que las naves a vela y unas virtudes marineras que les permitían superar las limitaciones impuestas hasta ese momento por el clima y las mareas. En su argumento, Chesney narraba una hábil maniobra de la flota alemana que tendía una trampa a la Marina Real británica y daba pie a la escena más dramática de la obra, «al ponerse en marcha los fatales instrumentos que empezaron a echar a pique, uno tras otro, a todos nuestros barcos». El autor deja claro que esos «instrumentos» eran torpedos, aunque en la época en que se publicó la novela esa palabra se empleaba para designar las bombas flotantes que más tarde acabarían conociéndose con el nombre de «minas». El Almirantazgo británico no había realizado las primeras pruebas de las bombas propulsadas que hoy denominamos torpedos sino un año antes, en 1870.⁶ A lo largo de la década inmediatamente posterior, los buques de guerra empezaron a dotarse de esos ingenios, incorporándolos tanto a sus acorazados como a otras naves menores, desatando así un debate sobre la relación existente entre los cañones de grueso calibre y largo alcance que habían constituido hasta entonces el principal elemento disuasorio de la armada y los nuevos torpedos que, pese a disponer de un mayor radio de acción, carecían de una precisión certera.

Esto significa que Chesney estaba al tanto de las últimas novedades en materia de armamento, lo que no quiere decir que se apartara en exceso, con proyecciones futuribles, de las experiencias vividas en su pasado más reciente. No menciona siquiera, por ejemplo, la existencia de los submarinos. Y sin embargo, estos ingenios estaban a punto de convertirse en la innovación más importante de la época en el campo de la guerra naval. Durante la reciente guerra de Secesión estadounidense se había utilizado una tosca forma de sumergible, aunque habría que esperar hasta finales del siglo para ver aparecer, de la mano de los franceses, una versión más fiable de ese tipo de navíos. Más grave es en cambio que Chesney no preste atención a la dureza de la contienda norteamericana. Tal como ya hicieran otros europeos de esos años, también él tendió a asumir que pocas lecciones podían extraerse de los ejércitos estadounidenses, supuestamente mal disciplinados y bañados en alcohol, más allá de lo que podía suceder si un pequeño ejército de voluntarios crecía repentinamente y de improviso.⁷

Según Chesney, la derrota británica tenía enormes consecuencias. La nación, otrora orgullosa, quedaba despojada de sus colonias, «su comercio desapareció, sus fábricas enmudecieron, sus puertos acabaron vacíos, y el

país se encontró sumido en una persistente situación de pobreza y al borde de la decadencia». Gran Bretaña se veía obligada a ceder a Alemania su posición de estado dominante. Esta era la sombría conclusión que se desprendía de un ataque que había cogido a Gran Bretaña totalmente desprevenida. Y la sorpresa no se debió solo a la puesta en marcha de una astuta operación militar, sino también a la ausencia de una rápida respuesta a la crisis. El éxito alemán se debía precisamente a que no existía ningún indicio que presagiara la embestida. La guerra no era sino el resultado de la existencia de un enemigo agresivo y oportunista. En consecuencia, Gran Bretaña perdía la posición que hasta entonces había tenido en el orden jerárquico internacional.

De lo que se habla, tanto en *The Battle of Dorking* como en sus imitaciones, es de una derrota ignominiosa, no de una sangrienta matanza ni de un conflicto prolongado y agónico. Lo que se observa es que las pérdidas o las ganancias pueden ser completas en un brevísimo período de tiempo. Tras sufrir los primeros reveses, una nación que se vea cogida por sorpresa no podrá abrigar ya la esperanza de recuperarse. Y una vez derrotada no debe esperar clemencia.⁸ La pérdida de una guerra de ese tipo implica la pérdida de la soberanía, el fin de un estilo de vida y la desaparición de ciertas pautas comerciales. Desde este punto de vista tan melodramático, el veredicto de la batalla vendrá a reorganizar el desarrollo de los asuntos internacionales y los cambiará para siempre. Al denunciar el panfleto de Chesney afirmando que se trataba de una obra de carácter alarmista y de un plan urdido para provocar un incremento del gasto público, el primer ministro Gladstone hizo la siguiente observación: «ya puede estar plenamente seguro [el autor] de que el género humano no tiene esa asombrosa disposición a transformar a las personas en objeto del odio ajeno».⁹

Chesney, que terminaría ingresando en el Parlamento como miembro del ala conservadora, no compartía el optimismo liberal de los defensores del libre comercio, como Gladstone, que ansiaba una situación de interdependencia económica como consecuencia de una promoción de la paz basada en una formidable batería de medidas tendentes a desincentivar la guerra. El mundo y las opiniones de Chesney, que muchos integrantes de las altas esferas del ejército respaldaban, era un universo en el que el solo hecho de incurrir en un error de cálculo en una campaña bélica podía hacer que un país lo perdiera todo. Plantear desde este ángulo la realidad de la guerra equivale a mezclar la urgencia con la autocomplacencia. La derrota militar se juzgaba sinónimo de desastre político, pero la guerra en sí podía no ser tan mala. La lección que debemos extraer de estos y otros

tratados similares se resume en que las grandes potencias deben permanecer alerta y prepararse adecuadamente para las pruebas que pudieran sobrevenir, no en que el carácter general de la guerra vaya a experimentar algún tipo de cambio.

Este planteamiento es propio del modelo clásico de la guerra, y lo compartían casi todos los políticos, generales, almirantes y comentaristas de la época. Lo denominamos clásico porque estaba basado en una comprensión profundamente arraigada de qué eran las guerras y cuáles las razones que hacían necesario librarlas. Se trata de un punto de vista cuyo origen se remonta a los tiempos de los griegos y los romanos. Era un tipo ideal en el sentido de que admitía que en la práctica no todas las guerras se ajustaban estrictamente al modelo, e incluso que en algunos casos podían darse desviaciones muy notables respecto de la pauta prevista. Pero aun así, era la mejor orientación posible para prepararse ante una eventual contienda. Este modelo tenía asimismo un carácter normativo, puesto que la mejor manera de contribuir a favorecer los intereses de los gobiernos era librar las guerras de este modo. Si se conseguía que los combates fuesen breves y se circunscribía su alcance, las ofensivas conservarían su condición de instrumento político útil, pero se lograría limitar la amplia perturbación política y social derivada de sus efectos. Se trataba por último de un modelo empírico, confirmado por el éxito de Alemania en Sedán, consolidando con ello su validez y menoscabando la credibilidad de quienes defendían su corrección para adaptarlo a las enormes transformaciones que por entonces estaban produciéndose en la ciencia, los procesos industriales, las fórmulas de participación política y los medios de comunicación de masas.

Las guerras asociadas con la unificación alemana —es decir, las libradas con Dinamarca en 1864, con Austria en 1866 y con Francia en 1870— fortalecieron la convicción de que las rápidas victorias de Helmuth von Moltke suponían un precedente estratégico llamado a prefigurar el futuro. El Estado Mayor alemán se aferró con uñas y dientes a esta convicción y se opuso a todos aquellos que sostenían que las guerras del futuro podrían no tener un desenlace tan feliz porque existía la posibilidad de que la victoria no se produjera sino tras una durísima campaña de desgaste, en lugar de venir dada por un rápido encontronazo en el que el enemigo quedara aniquilado. En otros lugares de Europa esta creencia también acabaría convirtiéndose en el marco fundamental para la comprensión de las directrices de las guerras futuras, y no necesariamente porque así es como iban a desarro-

llarse *de facto* las contiendas que reservaba el porvenir, sino porque los alemanes habían mostrado la senda a seguir y era perfectamente posible que volvieran a recorrerla.

Las teorías bélicas más sólidas de la época eran las surgidas de las guerras napoleónicas. El teórico más influyente del momento era el barón Antoine-Henri de Jomini, que había servido en el ejército de Napoleón y llegó a ser considerado el máximo y más entusiasta exponente de los principios bélicos que ejemplificaba el emperador. Tras divulgar una serie inicial de textos en los que diseccionaba las campañas de Federico el Grande y Napoleón, el *Compendio del arte de la guerra* del barón, publicado originalmente en 1838, se convirtió en el manual más ampliamente aceptado en las fuerzas armadas de toda Europa, llegando asimismo a influir de modo muy notable en Estados Unidos. El propio Napoleón sostenía que Jomini había desvelado sus secretos más celosamente guardados.¹⁰ Jomini fue mucho más aclamado en vida que su contemporáneo el prusiano Carl von Clausewitz, a quien hoy se tiene por el mayor teórico de este campo. Jomini también sobrevivió casi cuatro décadas a Clausewitz, ya que falleció a los noventa años, solo dos antes de que Chesney publicara su panfleto. En su libro,¹¹ Jomini examina la dinámica de la guerra, desvinculándola de su contexto político. Sus consejos se proponían explicar las razones que hacían necesario que los generales concentraran en un punto decisivo las fuerzas que dirigían contra un ejército enemigo en situación de debilidad. Clausewitz, cuya influencia se dejó notar con mayor claridad en Alemania, tenía una percepción más penetrante, tanto de las razones que podían hacer que un plan fracasara como de los diferentes rumbos que podía tomar una guerra. Sin embargo, sus ideas seguían constituyendo un corpus teórico aplicable solo a las batallas y a las circunstancias que podían provocar que estas tuvieran un carácter decisivo. El planteamiento que sostenían Napoleón y Jomini, confirmado más tarde por Clausewitz y demostrado en último término por Von Moltke, era que un gran comandante debía derrotar al enemigo en el campo de batalla hasta el punto de dejarlo expuesto a todas las humillaciones y castigos que el soberano triunfante juzgara conveniente imponer. En su forma clásica, los enfrentamientos entre ejércitos se iniciaban con las primeras luces del amanecer y concluían con el crepúsculo, y vencía quien en ese momento dominara el campo de batalla. Se producía una victoria decisiva cuando, debido a las bajas y los soldados capturados, el ejército derrotado quedaba tan mermado de efectivos que no constituía ya una fuer-

za de combate eficaz. En tal caso, el estado derrotado se veía obligado a aceptar las condiciones de su rendición. Así lo reconocía sin ambages el emperador austrohúngaro Francisco José I cuando le vencieron los contingentes de Francia y Cerdeña en la batalla de Solferino, librada en 1859: «He perdido una batalla, y doy en pago una provincia».¹²

Según la creencia popular de la época, las guerras podían quedar zanjadas mediante una campaña bien organizada que culminara con una batalla clave. En 1851, sir Edward Creasy publicaba un libro cuyo título, *The Fifteen Decisive Battles of the World: From Marathon to Waterloo*, confirma esa noción de que algunas batallas no solo eran obras maestras del arte militar, sino también, por sus efectos, el origen de un conjunto de repercusiones muy significativas en la historia del mundo. Creasy, que por un lado señalaba «la innegable grandeza del valor sujeto a disciplina y de la alta estima del honor, actitudes ambas que permiten a los combatientes afrontar las más terribles angustias y la aniquilación», resaltaba asimismo, por otro, la perspicacia intelectual y la audacia de los generales más eficaces. Por desgracia, añadía, estas cualidades «se encuentran tanto entre los seres humanos más nobles como entre los más abyectos». Y a continuación citaba unos versos de lord Byron: «Esta es la causa que lo representa todo, que degrada o santifica el coraje en su caída».

Lo que le importaba a Creasy era saber si las batallas formaban parte o no de

la cadena de causas y efectos que ha contribuido a convertirnos en lo que somos, cosa que también nos lleva a especular acerca de lo que muy probablemente podría haber sucedido en caso de que alguna de esas batallas hubiese tenido un desenlace distinto.¹³

Por regla general, las batallas habían marcado periódicamente los puntos de inflexión de la historia. Y no había razón alguna para suponer que la pauta no fuera a continuar verificándose en el futuro. El libro de Creasy supuso un desafío, ya que todos cuantos contaban con sus propias batallas favoritas sintieron el impulso de argumentar en favor de la inclusión de tales combates si comprobaban que no figuraban en la lista del autor. Se comenzó a asistir así, a intervalos regulares, a la actualización de ese catálogo, a fin de incluir en él las más recientes «batallas decisivas» conocidas. Esto explica que, al reeditarse el texto en 1899, se añadieran los enfrentamientos de Gettysburg, en la guerra de Secesión estadounidense, y el ya mencionado de Sedán, con el que se saldó la guerra franco-prusiana, sin olvidar los

encontronazos librados apenas un año antes en la guerra hispano-estadounidense (o guerra de Cuba)—.¹⁴

El atractivo de las batallas como motor de la historia estriba en la idea de que una colisión crítica entre dos ejércitos o dos armadas, en la que en poco tiempo se derrochan unos recursos acumulados a lo largo de varias décadas, puede cambiar el curso de la historia en apenas unas horas. A medida que el destino de las civilizaciones empezó a depender cada vez más del armamento, la valentía y la perspicacia táctica de un puñado de hombres, las batallas pasaron a convertirse en una especie de representación histórica concentrada y de acusado dramatismo: «Nosotros pocos, nosotros felizmente pocos, nosotros, una banda de hermanos», exclamará Shakespeare por boca de Enrique V en el discurso pronunciado inmediatamente antes de Agincourt.* Sin embargo, el hecho de que las batallas fueran «decisivas» dependía de la influencia que llegaran a ejercer en una concatenación más amplia de acontecimientos, y no solo de quién pudiera abandonar el escenario de batalla vivo y triunfante al término del combate. La palabra «decisiva» tenía un aire finalista, como si el choque tuviera la facultad de confirmar que un cierto asunto de superior magnitud quedara así zanjado, pero en otros aspectos la voz resultaba más bien neutral (a diferencia de otras expresiones, como «victoria» y «derrota»). Además, lo que quedaba decidido con el encuentro podía adoptar la forma de un acuerdo negociado que no dejara satisfecho a ninguna de las partes implicadas. La característica esencial de esos pactos consistía en que ambos contendientes aceptaban el resultado de la pugna y en que su contenido reflejaba una situación a la que se había llegado por medios fundamentalmente militares.

La historia parecía haber pivotado sobre algunas batallas en concreto. Si se postulaba, por ejemplo, un resultado diferente a la asombrosa victoria que Napoleón había conseguido en 1805 sobre rusos y austríacos en Austerlitz, prácticamente todo el curso de la historia posterior hubiera tomado un cariz muy distinto. Y quien supusiera vencedores a los Estados Confederados de Norteamérica en la batalla de Gettysburg debería preguntarse si sus adversarios de la Unión habrían logrado recuperarse del golpe. Con todo, seguía siendo bastante insólito hallar un enfrentamiento verdaderamente decisivo. Eran raras las guerras cuyo desenlace dependiera de una sola batalla. Lo más frecuente era que para comprender los desequilibrios determinantes que establecía una batalla específica hubiera que recurrir a

* *La vida del rey Enrique V*, acto IV, escena 3, «La arenga del día de San Crispín». (N. del t.)

un contexto bélico más amplio. Algunas de las batallas más importantes habían tenido un carácter esencialmente defensivo, lo que significaba que una guerra que podría haber llegado a una rápida conclusión se empantanaba y requería un tiempo de resolución muy superior. Otras batallas tenían en cambio un impacto acumulativo, pues los recursos, las reservas y la moral de uno de los bandos iban quedando poco a poco mermados a causa de las sucesivas derrotas. Otras influían en la orientación general de la contienda al interactuar con uno o más episodios de asedio (cuya importancia potencial como factores capaces de encauzar los conflictos era equiparable a la de las batallas mismas) o con escaramuzas irregulares o guerras de guerrillas. Y una vez se reconocía la trascendencia de los demás elementos que determinaban la superioridad militar de uno de los beligerantes, la batalla pasaba a ser el medio de demostrar esa primacía, transformándose por tanto en una forma de confirmar una capacidad que nunca había dejado de tenerse. En este sentido, si algunas batallas merecían ser elevadas a la categoría de «hitos» no era porque hubiesen trastocado la historia, sino más bien a que constituían la demostración de una superioridad cultural y material.¹⁵ La batalla se convertía así en una suerte de «verificación» de un estado de cosas que de otro modo habría continuado siendo una sospecha razonable y que, gracias a ella, aparecía en toda su crudeza, con una claridad sin matices que transmitía a todo el mundo un diáfano mensaje.¹⁶

El impulso podía revelarse fugaz, pues existía la posibilidad de que la siguiente batalla acabara probando algo distinto —tal vez que el bando anteriormente perdedor poseía la capacidad de hallar aliados o la energía necesaria para reavivar la moral nacional—. La cuestión clave no era lo mucho que las batallas concretas lograsen inclinar la balanza en uno u otro sentido, sino determinar si las guerras admitían o no una conclusión ágil. Eso era lo que a menudo deseaban quienes iniciaban las acometidas, y en algunos casos esa era su expectativa. Si el enemigo se revelaba resiliente, con el paso del tiempo irían cobrando mayor importancia los factores de índole no militar. En caso de que, antes del estallido de la guerra, el Estado Mayor ponderara la posibilidad de que esta se resolviera mediante una batalla decisiva (ya fuera como especulación operativa o como plan de acción), lo que se tenía presente era justamente lo primero, es decir, la idea de zanjar la contienda sin dilación, y por ello mismo se aplicaba toda la inventiva militar al combate y se calculaba con esmero su ejecución, que corría a cargo de un contingente de soldados que no solo conservaban plenamente su vigor y aun no se hallaban atemorizados por las penalidades de una larga guerra, sino que ansiaban cumplir con su deber; en lo que no se pensaba en cambio

era en lo segundo —en que el enemigo se mostrara correoso—, ya que en ese caso el combate deberían librarlo unas tropas exhaustas y asustadas, semiparalizadas por la angustia de preguntarse si les sería dado o no sobrevivir a la colisión final. Una primera batalla que cogiese desprevenido al adversario y le infligiese un mazazo del que no consiguiese recuperarse podía contribuir a evitar una prolongación excesiva de la guerra. Esto era lo que se conocía con el nombre de «seducción de la batalla», y por eso los estados sentían el impulso de jugarse el destino nacional con una agresión. Pocos gobiernos se aventuraban a librar a sabiendas una larga guerra de desgaste, y sin embargo eso era muchas veces en lo que acababan viéndose metidos, lo que les abocaba sin remedio a sufrir las consecuencias.¹⁷